

JEAN DUMONT

La incomparable
ISABEL la CATÓLICA



Jean Dumont

La incomparable
Isabel la Católica

Traducción de Vicente Martín Pindado



Título en idioma original:

L'«incomparable» Isabelle la Catholique

© Ediciones Encuentro, S. A., Madrid, 2023

© Fleurus Editions, 1992

© Ediciones Encuentro S.A., Madrid 1993 y la presente, 2023

Traducción de Vicente Martín Pindado †

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

Colección Nuevo Ensayo, nº 117

Fotocomposición: Encuentro-Madrid

Impresión: Cofás-Madrid

ISBN: 978-84-1339-147-2

Depósito Legal: M-8010-2023

Printed in Spain

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:

Redacción de Ediciones Encuentro

Conde de Aranda 20, bajo B - 28001 Madrid - Tel. +34915322607

www.edicionesencuentro.com

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.....	9
I. LA CUNA PROFÉTICA.....	13
II. MATRIMONIO Y SUBIDA AL TRONO.....	27
III. LA CREACIÓN DEL ESTADO MODERNO	63
IV. LA INQUISICIÓN	89
V. LA EXPULSIÓN DE LOS JUDÍOS	123
VI. GRANADA Y LOS MORISCOS	147
VII. CRISTÓBAL COLÓN Y AMÉRICA.....	171
VIII. LA PRIMERA REFORMA CATÓLICA.....	191
IX. LA BELLEZA	219
X. LA SANTIDAD	233
ANEXOS.....	245
I. LA ÉPOCA DE ISABEL.....	247
II. ISABEL, ABUELA DE EUROPA	250
III. LA EVANGELIZACIÓN AMERICANA DE ISABEL FUE TAMBIÉN FRANCESA.....	251
IV. BIBLIOGRAFÍA ORDENADA Y COMENTADA.....	254

«No conozco a nadie de su sexo,
de la antigüedad o de hoy,
cuyo nombre sea digno de ponerse junto
al de esta mujer incomparable».

PEDRO MÁRTIR DE ANGLERÍA,
testigo de los hechos

INTRODUCCIÓN

«Entre los dragones de nuestra vida
se oculta una princesa que pide socorro».

RAINER MARIA RILKE

En un artículo del *Times* de Londres, reproducido en *L'Express* de París del 3 de enero de 1991, Hecham El-Essavy, portavoz de la Sociedad Islámica para la promoción de la tolerancia religiosa, declaraba: «Isabel se parece más a un demonio que a un santo». Para Samuel Toledano, portavoz de las comunidades judías de España, la reina de Castilla es un «símbolo de la intolerancia». Y Jean Kahn, presidente del Consejo representativo de las instituciones judías de Francia (CRIF), escribía en *Tribune juive* (texto reproducido en el mismo número de *L'Express*): «El judaísmo no perdonará nunca a la reina el exilio forzado de la gran comunidad de los judíos de España, las amenazas y las brutalidades que se cometieron para obligar a los judíos a convertirse y, como corolario, los crímenes de la Inquisición». Finalmente, en *Le Monde* del 30 de marzo de 1991 se hacía a Isabel «responsable de la persecución de miles de judíos y musulmanes».

Y *La Croix* del 28 de marzo de 1991, en un artículo reproducido en *Le Monde* del mismo día, quitaba a Isabel su título de «Católica», mencionándola en adelante sólo como «Isabel I de Castilla, llamada la Católica», cuando el título de Católica es un título oficial de la Iglesia —pero ¿quién sabe esto?— concedido a Isabel conjuntamente por el papa y el Sacro Colegio en la bula *Si convenit* de 1496.

Todas estas denuncias, degradaciones e ignorancias tuvieron, por desgracia, el apoyo de una decisión romana, que se conoció el 28 de marzo de 1991, día de jueves santo: la decisión secreta —pero de un secreto de Polichinela para con los *media*— que tomó la Congregación para las Causas de los Santos de «suspender» el proceso de beatificación de Isabel. Este proceso, promovido por el arzobispo de Valladolid, Mons. Delicado Baeza, estaba muy avanzado por tener todo a su favor (la santidad de Isabel no ofrecía ninguna duda) y estar patrocinado por un gran número de obispos y cardenales, sobre todo sudamericanos. Así Mons. Castrillón Hoyos, presidente del CELAM (Comité Episcopal de América Latina), y los prestigiosos cardenales López Rodríguez, arzobispo de Santo Domingo, primado de América y sucesor de Mons. Castrillón en la presidencia del CELAM; López Trujillo, prefecto del Consejo Pontificio para la Familia; Castillo Lara, prefecto de la Administración del Patrimonio de la Santa Sede; y Aponte Martínez, arzobispo de Puerto Rico. Incluso de Estados Unidos, como el cardenal Law, de Boston. O también obispos de Roma y de España, como Mons. Álvaro del Portillo, prelado del *Opus Dei*, Mons. Amigo, arzobispo de Sevilla y presidente de la Comisión Española para el V Centenario de la evangelización de América, el obispo de Ávila, la diócesis donde nació Isabel, etc.

Finalmente, la A. F. P. difundió este comunicado (Roma, 2 de abril de 1991): «La organización judía [mundial] *Anti-Defamation League of B'nai B'rith* ha dado las gracias al Vaticano por haber suspendido el proceso de beatificación de Isabel la Católica». Así la difamación ahora es sólo para Isabel.

Ante los asaltos de esta ofensiva coordinada, la princesa Isabel, como la de Rilke, pide hoy socorro. El socorro de la objetividad y de la justicia. Pues, tal como señala el académico francés Michel Serres en la *Vie* del 23 de mayo de 1991, hoy más que nunca «los *media* quieren hacernos creer que la causa de algunos es santa, mientras que la de los demás es demoníaca [...] Pero a pesar de todo hay siempre un Buen Samaritano». En efecto, está ocurriendo como si la Samaría despreciada, insultada y diabolizada por los

judíos del tiempo de Jesús, fuera hoy la Cristiandad en su historia. Es imposible que haya en la Cristiandad un Buen Samaritano. Ni siquiera Isabel, a pesar de haber recogido en su camino a un pueblo y a una Iglesia abandonados por sus levitas.

CAPÍTULO I

LA CUNA PROFÉTICA

Isabel la Católica nació en un real sitio de la meseta de Castilla la Vieja, Madrigal de las Altas Torres, el mismo donde se habían casado en 1447 sus padres, el rey Juan II de Castilla y su segunda mujer, Isabel de Portugal, la «illustre Reyna fermosa» de las canciones del marqués de Santillana.

Aunque diversas ciudades españolas hayan reivindicado el honor de haber albergado el nacimiento de Isabel, hoy no ofrece ninguna duda su localización en Madrigal. El mismo médico de los reyes Católicos, el Dr. Toledo, nos ha dejado un testimonio preciso: «Nasio la santa reyna católica doña Isabel en Madrigal, el jueves XXii de abril, IIII oras e dos tercios de ora después de mediodía, año domini 1451»¹. Por lo demás, también en Madrigal nacerá el hermano que tendrá pronto Isabel, el infante Alfonso, el 17 de diciembre de 1453.

No se ha resaltado la importancia histórica de esta villa, hoy totalmente olvidada, a 808 metros de altitud, con sus 3.000 habitantes y las torres con las puertas ojivales de su muralla, en parte todavía en pie. Georges Pillement, por ejemplo, da de ella en su *L'Espagne inconnue* una descripción vaga, superficial e inexacta. Y la *Guide vert* Michelin, vademécum de los turistas franceses que cruzan los Pirineos, ni siquiera cita su nombre.

¹ *Cronicón de Valladolid. Diario del Doctor Toledo*, CODOIN (Colección de documentos inéditos de la historia de España), XIII, p. 20.

Tampoco van más allá los historiadores que han escrito biografías recientes de Isabel. El padre Azcona, autor de la fundamental biografía española titulada *Isabel la Católica*², no hace más que reproducir algunas de las frases de la descripción del antiguo palacio real de Madrigal que publicó Gómez Moreno en 1904. Y Joseph Pérez, autor de la más seria biografía francesa reciente de *Isabel*³, se limita a decir de Madrigal que es «un pueblecito de la zona de Ávila».

Aunque es verdad que Madrigal pertenece hoy a la provincia de Ávila, su distancia de la capital abulense es nada menos que de 75 kilómetros y sin carretera directa que la una a ella. Más bien se encuentra «cerca de» Salamanca, Medina del Campo y Tordesillas, e incluso de Valladolid, con la que la une una carretera bastante importante.

Por tanto, la primera tarea de una historia crítica de Isabel es reparar este olvido de la historiografía, haciendo revivir la aldea de las Altas Torres, lugar que eligieron sus padres y lugar tanto de su propia cuna como de la de su hermano.

Esta resurrección nos proporcionará un conocimiento extraordinariamente rico de la época de Isabel y del mantillo en el que se abrió esta flor de la historia. Un conocimiento cercano, preciso y exacto que completa y hasta corrige el que pueda dispensar la macrohistoria que investiga la evolución política, social y económica en general. Tal visión macrohistórica impresiona y seduce, como sucede con las vistas panorámicas, pero a la vez oculta las inevitables ilusiones ópticas, cuando un repliegue del terreno tapa a otro y las brumas enmascaran tanto los horizontes como las quebradas. La historia local, en cambio, se presta menos a estos engaños. Todo está directamente ahí, al alcance de la vista, y todo se comprueba

² Tarsicio de Azcona, O.F.M. (Cap.), *Isabel la Católica, estudio crítico de su vida y su reinado*, BAC (Biblioteca de Autores Cristianos), Madrid 1964, p. 12.

³ Joseph Pérez, *Isabelle et Ferdinand, Rois Catholiques d'Espagne*, París 1988. Traducción española: *Isabel y Fernando. Los Reyes Católicos*, Nerea, Madrid 1988, p. 76; las páginas corresponden a la edición española.

por una comprensión sin vacíos en el espacio y en el tiempo, con testimonios concretos imposibles de enmascarar.

El «salto decisivo de su vida»

Subrayamos además que una indagación de este tipo, sobre el enraizamiento isabelino en Madrigal, no tiene nada de arbitrario o forzado. En efecto, Isabel no será de Madrigal sólo por su nacimiento. En primer lugar, la futura reina pasará allí, así como en la vecina Arévalo, toda su infancia, junto a su madre que quedó pronto viuda. Una madre afectada de trastornos psíquicos, lo que hará que Isabel sea doblemente huérfana y que, en consecuencia, la influencia del lugar y del medio tengan una fuerza excepcional sobre ella.

Después, cuando con once años Isabel sea llamada a la corte de Enrique IV de Castilla y se proclame a su hermano, el infante Alfonso, príncipe heredero y hasta rey, Madrigal será una de las primeras villas que se una a este último, al que Isabel tendrá que acompañar y cuyos ojos ella cerrará. Una vez desaparecido Alfonso, es camino de Madrigal, donde volverá a instalarse, cuando Isabel dará lo que otro excelente historiador español, Vicens, llama «el salto decisivo de su vida»⁴: la ruptura con Enrique IV y el rechazo de los proyectos matrimoniales que éste tenía sobre ella, con miras a contraer matrimonio con Fernando de Aragón (1469). Será también en Madrigal donde Isabel recibirá por entonces al enviado del rey Luis XI de Francia, el cardenal de Albi, Jean Jouffroy, que venía a pedir su mano para el hermano menor del monarca francés, Carlos, duque de Guyena. Y es de nuevo en Madrigal donde poco después recibe el fastuoso collar de oro y piedras preciosas de la reina de Aragón como regalo de esponsales de Fernando, que muy pronto será su esposo.

Una vez reina, Isabel volverá a elegir Madrigal para reunir en 1476 las *Cortes* (mini-Estados generales) de Castilla que, bajo su

⁴ J. Vicens Vives, *Fernando II de Aragón*, Zaragoza 1962, p. 251.

guía, jugarán un papel capital en la reorganización de las finanzas, la reforma de la gobernación, el establecimiento de secretarías reales y la organización de un ejército interior con poderes policiales y judiciales, la Santa Hermandad, que restablecerá el orden en el país y participará en la reconquista de Granada a los moros. Es también en Madrigal, en ese mismo momento, donde Isabel impondrá su línea de acción castellana a su marido Fernando, en uno de sus raros (y dignos) enfrentamientos. Finalmente es en Madrigal, que quedará así confirmado como su fuero interno, donde la reina hará que acojan, en el beaterio y luego convento del lugar, instalado más tarde en el antiguo palacio real, a las dos hijas naturales que durante el matrimonio tendrá Fernando: María y Esperanza⁵. Ésta fue sin duda una de las pruebas de su grandeza de alma, ya que este convento, unido muy pronto a su casa familiar, se ordenará en torno al monumental sepulcro de su abuela materna, Isabel Barcelos.

Allí se ha conservado su único retrato de juventud, una pintura precisa y llena de sabor que nos la muestra al lado de su marido Fernando en el esplendor de sus veinte años, poco después de su boda en 1469. Un retrato que coincide con la descripción de su secretario y cronista Pulgar: «Bien compuesta en su persona y en la proporción de sus miembros, muy blanca y rubia; los ojos entre verdes y azules, el mirar gracioso y honesto, las facciones del rostro bien puestas, la cara toda muy hermosa y alegre».

Rasgos de verdad

Que Madrigal fue a la vez el fuero interno de Isabel y la verdad profunda de la Castilla de entonces, Isabel y Castilla unidas por la

⁵ No «en Santa María de Gracia, un convento de agustinas de los alrededores de Madrid», como escribe Joseph Pérez (*op. cit.*, p. 83), sino en Santa María de Gracia, el convento de agustinas de Madrigal, que todavía existe, como lo recuerda el folleto histórico que allí se ofrece a sus visitantes. Y como lo constatan los historiadores agustinos de la época; así Antonio Osorio de San Román en su *Consolación* de 1583-1585. Por lo demás, en esa época no existía ningún convento de agustinas en los alrededores de Madrid. El más próximo era el de Santa Úrsula, en Toledo.

historia en una afirmación de incomparable grandeza, lo confirman muchos de los rasgos de esta villa.

En primer lugar, el campo en torno a Madrigal, tal como consta que era en el siglo XV, incita a matizar fuertemente las afirmaciones de la macrohistoria económica. Ésta pretende que «la floración exigua de la agricultura» castellana, basada sobre todo en el cereal, se debió a la «sequía tan persistente» que padecían sus tierras de trigo. Ramón Carande, el maestro de la historia económica de esa época, aduce para confirmarlo las constataciones actuales: estas tierras reciben al año menos de 350 milímetros de lluvia por metro cuadrado⁶. Ahora bien, si el campo de Madrigal está efectivamente hoy marcado por la sequía, no era así en la época de Isabel: la villa tenía entonces una laguna que desapareció después, y a su alrededor abundaban los prados, cuya existencia contribuye a explicar la decisión que luego se le reprochará a Isabel: favorecer preferentemente la ganadería, organizada en la poderosa confederación de ganaderos, la Mesta, que ella transformó en institución del Estado.

En segundo lugar, la modestia del palacio real de Madrigal, donde se casa Juan II de Castilla y donde nace Isabel, es la clara demostración de la decadencia a que, en esa época, había llegado la monarquía castellana. Una monarquía que, por su debilidad y sus complacencias con la nobleza, había dejado en manos de ésta una parte cada vez más grande de los poderes, posesiones y rentas del Estado. ¿Es posible imaginar esto sin haberlo visto en Madrigal? Esta monarquía que muy pronto, gracias a Isabel, dominará el mundo hasta no ponerse el sol en sus dominios, había quedado reducida a vivir allí en la pobreza de una «modestísima construcción de ladrillos y tapial, de muros lisos, desnudos y pequeñas habitaciones encaladas y bajas de techo»⁷. Todavía quedan de ello algunos restos, encerrados en la clausura del monumental convento de agustinas, al que luego dotó Carlos V, quien donó a la comunidad

⁶ Ramón Carande, *Carlos V y sus banqueros*, Barcelona 1977, t. I, p. 75.

⁷ M. Gómez Moreno, «La cuna de la reina Católica», *Boletín de la Sociedad Castellana*, número extraordinario de noviembre de 1904.

el antiguo palacio. Quien ha visto estos pobres restos no puede dejar de comprender la voluntad indomable que mostró Isabel, hasta en la dureza y en el fasto, de restablecer la dignidad del Estado castellano, anulando sobre todo muchas de las concesiones abusivas hechas a la nobleza.

Frente a la modesta mansión real de Madrigal, se levantaba y se levanta todavía hoy, al otro lado de una gran plaza, una encantadora y rica construcción, exactamente del mismo gusto de los palacios que se hacían construir los magnates de la nobleza castellana, cubierta de escandalosos favores. Este auténtico palacete presenta una doble fachada, una dando a la plaza, y la otra a la calle que lleva a la iglesia de San Nicolás, empezada en el siglo XIII, donde se bautizó Isabel. La primera fachada, acogedora, consiste en una elegante construcción de ladrillos ocre, con pilastras, que corona en toda su longitud una alta y profunda galería llena de sabor; una galería cubierta, de madera oscura, coronada de tejas romanas. La segunda fachada es más solemne y muestra, en torno a una gran puerta adornada, una doble serie de pórticos que se apoyan sobre columnas de piedra con escudos. Pero esta importante construcción no es ni un palacio señorial ni una mansión real. Es un hospital, que Isabel de niña tuvo delante de sus ojos. El hospital de la Purísima Concepción que fundó la primera mujer de Juan II, padre de Isabel, María de Aragón. La gran galería que se abre al sur servía probablemente para que los enfermos convalecientes tomaran el aire y el sol.

La cuna de Isabel se revela de nuevo aquí como profética. Pues si la gran reina de Castilla no se construyó nunca un palacio real, manteniendo en su corte un carácter sistemáticamente itinerante, legó en cambio al urbanismo, al arte y a la protección social de Europa sus construcciones más magníficas de hospitales. Baste recordar dos de ellas: el monumental hospital de los Reyes Católicos de Santiago de Compostela, del que hoy no se ha sabido hacer otra cosa que un hotel de gran lujo, y el no menos monumental hospital de la Santa Cruz de Toledo, convertido en la actualidad en el suntuoso museo de esta ciudad de arte.

Modelo espiritual

Pero si Madrigal fue para Isabel modelo y estímulo para sus fundaciones de caridad, también fue modelo y acicate de elevación espiritual. Pues al borde de la laguna, *extramuros*, existía, lleno de vida desde el siglo XIV, el beaterio del que hemos hablado, una comunidad femenina dedicada a la oración y al cuidado de los enfermos, pero sin votos perpetuos, parecido a los beaterios que en esa misma época constituyeron la gloria de Gante y de Brujas, en Bélgica.

Este beaterio era testigo del gran movimiento espiritual castellano que influía en todos los ámbitos. Fundado por una viuda de la pequeña nobleza de la cercana Arévalo, y transformado más tarde en casa conventual canónica, atraía hacia él a no pocas jóvenes de sangre real, de la alta y la baja nobleza, de la incipiente burguesía y del pueblo. Fue a esta comunidad, vinculada entonces a la orden agustiniana, a la que Carlos V donaría el antiguo palacio real *intramuros*, dotándola espléndidamente. Con seguridad Isabel la había visitado desde su infancia, pues una de las jóvenes que hacia allí se había sentido atraída era nada menos que su hermana Catalina, hija también de Juan II. En lo sucesivo no cesará el flujo de sangre real: además de las hijas naturales de Fernando, recogidas allí por Isabel, ingresarán también una hija de Carlos V, Juana; una de las hermanas naturales de éste, Bárbara de Píramos, hermana de Don Juan de Austria; y una hija de éste.

Este beaterio, convertido en monasterio femenino de Madrigal, tendrá tal importancia como testimonio de la religiosidad profundamente interior que animaba a la España de entonces, que de él saldrá María Briceño, primera educadora de santa Teresa de Ávila. Seguramente ejerció una influencia parecida en Isabel y en su piedad personal, tan intensa que su consejero, el poeta Gómez Manrique, le recomienda en su *Regimiento de Príncipes* anteponer sus tareas de gobierno a las prácticas piadosas, incluidas sus oraciones. Así pues, Madrigal tendrá también su parte en la empresa

La incomparable Isabel la Católica trata de forma sintética y precisa todas las cuestiones que rodearon la fundación de la España católica en el Siglo de Oro por Isabel y Fernando, abordando con fuerza y claridad temas «espinosos». A través de un estilo ameno y accesible, Dumont nos sumerge en la época de Isabel y nos presenta a una mujer de gran inteligencia, astucia y determinación, que supo enfrentar los desafíos de su época y consolidar la unidad de España. Una obra imprescindible para cualquier amante de la historia y de las grandes mujeres que marcaron un hito en su época.

«En este ensayo sobre Isabel la Católica no sólo se da una recuperación de un personaje histórico excepcional sino también un abordamiento valiente de cuestiones como la expulsión de los judíos, el final de la Reconquista, los inicios de la Inquisición o el descubrimiento de América. Todas y cada una de las cuestiones son respondidas con una solidez excepcional». César Vidal

LA INCOMPARABLE ISABEL LA CATÓLICA



Depósito Legal: M-8010-2023



ISBN: 978-84-1339-147-2

